

El derecho a la infancia y la comunidad de indagación*

Fecha de recibo: 04-15-07 - Fecha de aprobación: 05-18-07

MARÍA ELENA MADRID

De la página 6 a la página 11

Resumen

Es importante reconocer que en el mundo contemporáneo, altamente tecnologizado y globalizado, existen sociedades en donde los niños no pueden ser niños, no tienen derecho a jugar, menos aún a la educación. La extrema pobreza, la necesidad económica y la marginalidad que los rodea los priva de tener infancia, desde pequeños están obligados a ser adultos, a trabajar, a cuidar a sus hermanos y del hogar, a ser responsables, a compartir las penurias y la frustración de sus padres y en algunos casos, de toda una comunidad.

Si algo necesitan estos niños sin infancia es ser reconocidos, permitirles tener una voz y ser escuchados. Una educación democrática basada en el diálogo filosófico al realizarla con niños y jóvenes nos permitiría iniciarlos en una cultura política basada en la comprensión y el uso de conceptos como igualdad, respeto, libertad, derechos, justicia, solidaridad, etc. En estas condiciones no hay democracia que surja, florezca o al menos subsista. En este sentido la comunidad de indagación se vuelve un espacio de liberación y la educación una práctica de la libertad.

Palabras clave

Comunidad de indagación, infancia, globalización, marginalidad, derecho, educación, filosofía.



Abstract

It is important to recognize that in the contemporary world, highly technological and globalized, exist societies where the children cannot be children; they are not entitled to play, even less to receive education. The extreme poverty, the economic necessity and the marginal aspect that surround them deprives them of having childhood. Since they are small children, they are forced to act as adults, to work, to take care of their siblings and of the home, to be responsible, to share the penuries and the frustration of their parents and, in some cases, of an entire community.

If these children without childhood need something, it is to be recognized, to be listened and to be allowed to raise their voice. A democratic education based on the philosophical dialogue when carried out with children and young would allow us to initiate them into a political culture based on the understanding and the use of concepts like equality, respect, freedom, rights, justice, solidarity, etc. Under these conditions there is no democracy that arises, flourishes or at least subsists. In this sense the investigation's community becomes a liberation space and the education a practice of the freedom.

Words key

Inquiry community, childhood, globalization, marginal dimension, right, education, philosophy.

Résumé

C'est important de reconnaître que dans le monde contemporain, hautement technologique et globalisé, il existe des sociétés dans lesquelles les enfants ne peuvent pas être enfants, dans lesquelles ils n'ont pas le droit de jouer et encore moins d'accéder à l'éducation.

L'extrême pauvreté, les besoins économiques et la marginalité qui les entourent, les privent d'une enfance. Depuis qu'ils sont petits, ils sont obligés de se comporter comme des adultes : ils doivent travailler, s'occuper de leurs frères et sœurs ainsi que du foyer, être responsables, partager les moments de pénurie et de frustration de leurs parents et, dans certains cas, de toute une communauté.

Si ces enfants sans enfance ont besoin de quelque chose, c'est bien d'être reconnus, d'être écoutés et de se faire écouter. Une éducation démocratique basée sur le dialogue philosophique avec les enfants et les jeunes nous permettrait de les initier à une culture politique basée elle-même sur la compréhension et l'usage de concepts tels que l'égalité, le respect, la liberté, les droits, la justice, la solidarité, etc.

Sous ces conditions, aucune démocratie ne surgit, n'est florissante ni même ne subsiste. Dans ces sens, la communauté de recherche devient un espace de libération et l'éducation une pratique de liberté.

Mots clés

Communauté de recherche, enfance, globalisation, marginalité, droit, éducation, philosophie.

El derecho a la infancia y la comunidad de indagación

Si bien la filosofía ha tenido como lugar tradicional de su ejercicio a la universidad y en general a las instituciones educativas, también es cierto que desde Sócrates se ha considerado necesario para el filósofo salir a la calle, comprometerse en el debate público cotidiano, y tomar partido en contra de la injusticia. La lección que Sócrates nos ha dejado es clara al respecto. No podemos negar que la filosofía, en el siglo veinte, alcanzó uno de los momentos de mayor especialización y diversificación de su historia, pero también ha

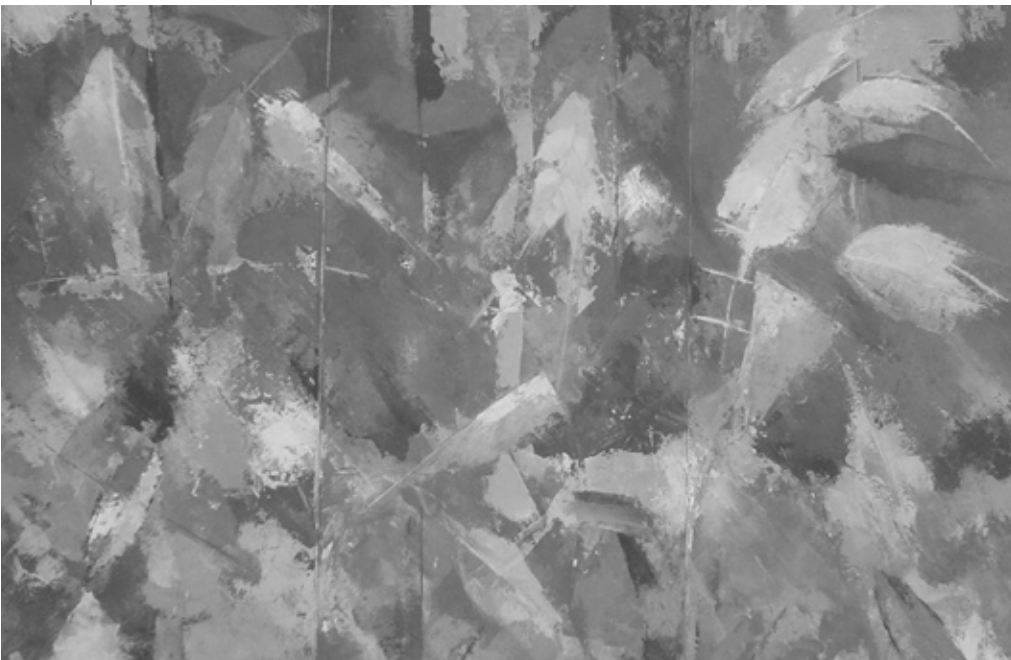
logrado salir de su lugar habitual e ir a la calle, a los lugares en donde se reúne la gente para dialogar, polemizar, participar...

Ahora bien, si nos preguntáramos ¿cuáles son las tareas y/o los retos que la filosofía, en este siglo que comienza, tiene o está dispuesta a enfrentar?, sin duda una de las tareas que deberíamos continuar y ampliar es la presencia de la filosofía en espacios públicos, con nuevas modalidades de práctica. En particular me voy a referir a la práctica del diálogo filosófico en la forma de comunidad de indagación, y a su uso más allá de las instituciones educativas.

Es importante reconocer que en el mundo contemporáneo, altamente tecnologizado y globalizado, existen sociedades en donde los niños no pueden ser niños, no tienen derecho a jugar, menos aún a la educación. La extrema pobreza en la que se vive en amplios sectores de países en Asia, África y Latinoamérica, hace imposible algo que para muchos es difícil de creer: que para muchos niños no existe la infancia, ya que se ven forzados a trabajar desde muy temprana edad para ayudar al sustento familiar, que no tienen posibilidad alguna de ir a la escuela y que son explotados, maltratados y abusados de modo sistemático, por una sociedad que los ignora.

La extrema pobreza, la necesidad económica y la marginalidad que los rodea los priva de tener infancia, desde pequeños están obligados a ser adultos, a trabajar, a cuidar de sus hermanos y del hogar, a ser responsables, a compartir las penurias y la frustración de sus padres y en algunos casos, de toda una comunidad.

La situación de indiferencia e ignorancia que existe respecto





a la explotación y marginalidad infantil es algo que tenemos la obligación moral de denunciar y de combatir. Ante esta situación es importante preguntarnos qué puede hacer la filosofía, qué podemos hacer como educadores, además de denunciar e impedir que continúe.

La filosofía podría tener un papel más activo si logra, no sólo denunciar, sino también intentar llegar a estos niños que no tienen derecho a jugar, a estudiar, a vivir. Obviamente no es en la escuela, ni con la filosofía entendida como disciplina escolar, como los vamos a encontrar; tenemos que salir a la calle, ir a los barrios, a las comunidades de difícil acceso, salir a su búsqueda, a su encuentro, porque ellos también tienen derecho a la filosofía, pero sobre todo a ser niños, a tener una infancia y un porvenir.

Y si los encontráramos, ¿qué les puede ofrecer la filosofía a estos niños sin educación, sin infancia? La comunidad de indagación se propone como objetivo promover y estimular el ejercicio del pensamiento crítico y creativo a través del diálogo filosófico.

La filosofía más allá de la escuela, entendida como práctica, como comunidad de indagación tiene algo sustantivo que ofrecerles. En primer lugar esperanza, la posibilidad de ejercer la imaginación y soñar, pensar en que puede existir un mañana diferente, sin



explotación, sin marginalidad, que puede haber un mundo con justicia, con derechos y oportunidades para todos, que los reconozca y los respete, la filosofía como utopía, la educación como horizonte.

La comunidad de indagación podría tener un papel importante en estos contextos de exclusión y marginalidad que hemos señalado, ya que permite iniciarnos en el ejercicio de la democracia, del respeto y reconocimiento de los otros, tanto de sus ideas como de sus derechos. Y este ejercicio de la democracia se inicia con el diálogo que surge en la calle, en la esquina de un barrio, en el mercado, en la fiesta de una comunidad; no podemos suponer que la escuela es

el lugar para iniciarlo, porque estos niños no van a llegar a ella.

La comunidad de indagación también permite imaginarnos, plantearnos la posibilidad de un mundo sin tanta injusticia, en donde los conflictos pueden ser resueltos sin violencia, en el diálogo, mediante la argumentación. Incluso, la comunidad de indagación nos permite entender, reconocer y convivir con el disenso, porque en las sociedades contemporáneas, plurales, no siempre se logra el consenso y es, por tanto, importante reconocer y aceptar la diversidad, ejercer la tolerancia cotidianamente. La pluralidad así como la diversidad sólo son posibles en un contexto



social que promueve la tolerancia y permite el disenso. La comunidad de indagación como educación democrática.

La construcción de una ciudadanía basada y alimentada por la democracia requieren sin duda de la participación, pero

esta no puede existir sin comunicación y reconocimiento. Para participar se requiere creer que vamos a ser reconocidos, escuchados y atendidos en nuestras demandas, en nuestras necesidades. Si algo necesitan estos niños sin infancia es ser reconocidos,

permitirles tener una voz y ser escuchados.

El ejercicio cotidiano de la democracia requiere de la libertad y la autonomía para elegir y para actuar, por tanto, no basta con ser escuchados, también se requiere crear y desarrollar la voluntad, las ganas de participar. Se necesita que olviden la marginalidad y la violencia permanentes en las que viven, e intenten imaginarse una sociedad ideal, sin violencia, en la cual los conflictos tienen solución, pueden ser analizados, discutidos, reconsiderados. Lo peor que le puede pasar a una sociedad es tener una juventud indiferente a la participación y a la democracia, que cree que la política es un juego sucio, para tontos que les gusta ser engañados.

Una educación democrática basada en el diálogo filosófico al realizarla con niños y jóvenes nos permitiría iniciarlos en una cultura política basada en la comprensión y el uso de conceptos como igualdad, respeto, libertad, derechos, justicia, solidaridad, etc. Se trata de hacer de estas nociones algo familiar y cotidiano. La formación y la transformación del juicio ético requieren de todos ellos. No puede haber organización, participación o discusión política al margen del uso de estos conceptos.

La importancia que debemos prestar a la posible formación política y ética de estos niños y jóvenes es innegable, ya que viven en socie-



dades con dictaduras o democracias frágiles, bajo el control de líderes autoritarios, oportunistas, carismáticos; y la necesidad de ejercer un pensamiento crítico es fundamental para poder comprender, enfrentar e incluso revertir la explotación, el autoritarismo, la injusticia y la falta de derechos en que se encuentran.

En algunos casos las instituciones educativas no ayudan en este sentido, puesto que no están en condiciones de permitir la libertad de expresión, la capacidad de decidir de modo autónomo, incluso hay casos extremos en los cuales nos encontramos con escuelas que están más interesadas en promover el autoritarismo, la obediencia y la disciplina incondicional o el fanatismo. En estas condiciones no hay democracia que surja, florezca o al menos subsista.

La comunidad de indagación ofrece la oportunidad de integrarnos a un diálogo libre, abierto, participativo, con el reconocimiento de cada uno y la atención de todos, así como la crítica respetuosa y constructiva

de todo lo que se dice. En este sentido permite a sus participantes la experiencia de la democracia al estimular el pensar de modo creativo, expresarnos libremente, ser de modo auténtico y al mismo tiempo reconocer al otro en su complejidad. En este sentido la comunidad de indagación se vuelve un espacio de liberación y la educación una práctica de la libertad.

Esta experiencia de la democracia y la libertad da lugar a otra experiencia quizá más radical, más importante: a soñar con la posibilidad de que puede existir un mundo mejor, una sociedad que les reconozca a estos niños los derechos que desde hace varios años la ONU ha establecido, que les permita tener una infancia que las condiciones económicas y políticas les han negado y les seguirán negando si no hacemos algo al respecto.

Los niños que viven en comunidades en extrema pobreza también tienen derecho a la filosofía, claro, pero más aún, tienen derecho a la infancia, a ser niños.